

Viva como en Bretaña

No se puede amar un lugar
cuando en él no se ha sufrido.

Henry Miller

En ese momento, la mujer de saco rojo miraba al vendedor. Apoyado en el asiento del chófer, las piernas abiertas, un bolso entre las piernas, decía: Estimado y culto público que hace uso de este medio de transporte. Pelo enrulado, las mangas del saco demasiado largas, el hombre miraba hacia el fondo del ómnibus imperturbable, absolutamente distante de los señores pasajeros. Cada tanto echaba una mirada circular, anónima, opaca. La mujer permaneció fanáticamente pendiente del hombre de las lapiceras y bolígrafos pero él no la miró ni una sola vez. Tal vez si hubiera vendido hilo y agujas o alguna enciclopedia útil para el niño en el hogar y en la escuela —por una fracción de segundo la mujer se distrajo en una contabilidad imposible, la de cientos de discursos sobre atlas, libros de cocina, cuadernos, tijeras y cortavidrios que habían sedimentado en su memoria ocupando un lugar; un lugar en su memoria y por lo tanto en su vida—, quizás, si hubiera sido así, si el hombre vendiera enciclopedias, entonces la habría mirado; hubiera reparado en ella, en la mujer de saco rojo sentada en la fila de los individuales. Pero ella no tenía niños en el hogar. Ni tampoco hogar, pensó la mujer de golpe. Si vendiera enciclopedias se las compraba todas, casi habló en voz alta, el bolso entero. Se censuró. Como muchas otras veces estaba organizando la realidad para otro lado, estaba tratando de acomodar los hechos, de rearmarlos para su beneficio. Dejó de preocuparse. La realidad se había vuelto demasiado real —en el fondo, la mujer había pensado *brutal* pero hacía tiempo que no permitía que ciertas palabras subieran a la superficie—. Qué importancia podían tener esas inocentes puerilidades en medio de hechos que sobresalían como afiladas rocas negras en una playa desierta. Veía ahora la espalda un poco encorvada del vendedor a punto de saltar. El último hombre a quien ella podía importar recuperaba rápidamente el equilibrio en la vereda y se alejaba hacia atrás para siempre, tragado por la ciudad y la gente oscura. La mujer se sintió desamparada. Miró por la ventanilla. ¿En qué colectivo estaba? y ¿adónde iba? Mecánicamente metió la mano en la cartera. Allí estaba el folleto y también el frasco de las pastillas. Tocar el frasco la tranquilizó. Iba a matarse. Dos horas atrás, en la penumbra de la luz de junio filtrándose por la ventana cerrada, había abierto los ojos sobre el costado vacío de la cama, el brazo extendido sobre la almohada en un gesto inútil. Su cara giró hacia el techo. Ese momento era el más temido por la mujer: el absurdo de su propia vida y el de las otras, el correr del tiempo hacia la nada, cada vez más rápido, más vertiginoso cada mañana, colmaban ese segundo hasta los bordes. En ese momento había visto el frasco de las pastillas sobre la mesa de luz, al costado de su cara, nítido, recortándose sin ninguna señal especial en la luz estancada. Enton-

ces se había levantado. Las medias, la pollera oscura, el suéter azul. Extendió la mano hasta el frasco. En la etiqueta se leía sesenta unidades. El día anterior había tomado dos; cincuenta y ocho eran más que suficientes. Apretó el frasco casi con cariño. Ahora, desde aquí, en el ómnibus bamboleante, la mujer terminó de comprender que nunca había sido tan libre como en ese momento, unas horas atrás, con el frasco entre los dedos, mirando la pared. Si él hubiera estado del otro lado de la cama hubiera intentado una explicación de ese segundo fulgurante. Pero era como con el hombre que no vendía enciclopedias; él no estaba del otro lado de la cama. La mujer sacudió la cabeza. Con espanto reparó en ese gesto fuera de control. Apretó la cartera contra el estómago mientras trataba de resolver si había movido la cabeza en su asiento del ómnibus ¿o había sido la repetición mecánica del mismo gesto en el borde de la cama, allá, hacía unas horas? No lo supo. En el cuarto, la mujer se había levantado y se ponía los zapatos azules. Fue al baño y se lavó la cara y los dientes. Después se miró en el espejo e hizo algo que no recordaba haber hecho en mucho tiempo: con meticulosidad se maquilló. Eligió cuidadosamente los colores, el acto había cobrado una importancia decisiva. Era dueña del tiempo. Nadie la esperaba, no iba a ninguna parte. Entonces, en la mitad del trazado de un ojo, el párpado tiembla (una tarde de invierno, el aullido de un perro al que matan en un patio aciago de cemento, un perro atado a un poste con una soga espantosamente corta, al que matan de un tiro, las caras pálidas y severas de los hombres, un tiro en la cabeza del perro entre las orejas, un aterrorizado perro color marrón, flaco, temblando al lado del poste y aunque te escondas en el rincón más oscuro y te metas los bordes del vestido haciendo un tapón hasta que los oídos te duelan igual el aullido se escucha, en la escena queda algo cifrado para siempre; ésos u otros oscuros túneles de miedo o de humillación que comunicaban momentos presentes con la neblina de la infancia, las trenzas tirantes, algún punto luminoso como una estrella). La mujer se sentía tomada por asalto. Estar a merced de la memoria, había pensado. Levantó la cabeza, el rimmel corría fresco, hacia abajo, arrastrando la base y el color de los pómulos. Se limpió la cara y empezó de nuevo. Cuando terminó fue a la cocina. Allí, sobre la mesa, estaba el folleto. Hermosas ilustraciones en papel brillante de casas estilo inglés y normando, con profusión de planos, vistas desde el jardín y fotografías de interiores confortables. El hogar chisporroteando en el living. Ella y él, cuatro años atrás, un día de viaje soleado y campo azul, repentinamente indagando sobre los detalles de las casas prefabricadas, en especial una de ellas, a construirse en un lejano y paradisíaco lugar donde, en invierno, el viento y la lluvia golpearían furiosamente las tejas y aullarían entre los plátanos. La mujer pensó que sus ideas sobre la felicidad habían sido tan convencionales que se cayeron a pedazos; se habían apolillado, como la ropa doblada en cuatro y aplastada en el fondo de un cajón. Sin embargo, pensó la mujer en el ómnibus, tener ideas convencionales sobre la felicidad es lo que a uno lo hace feliz. En la cocina, puso bruscamente el folleto dentro de la cartera junto con el frasco de las pastillas. Antes había leído en letras grandes y blancas: *Viva como en Bretaña*. Hecho lo cual había salido. En qué colectivo estaba y hacia dónde iba era algo que todavía no se podía contestar. No se acordaba. Nada en particular se produjo con su irrupción en la calle. El apuro de la gente, su inocente ajetreo le devolvieron una secreta sensación de poder. Era tan innecesaria que le parecía flotar. Si se pudiera vivir así, recordó que había pensado y fue lo único que pudo pensar durante cuerdas mientras un túnel

de aire se abría a su alrededor y los demás se deslizaban hacia atrás, sin tocarla, sin darse cuenta de que existía. Había caminado como sonámbula pero ahora la escena se reordenaba, cuando encontraba la parada del colectivo. Por algo se había detenido allí. La parada del ciento once. La mujer experimentó un momentáneo alivio. Así que estaba en un ciento once; al ciento once había subido y bajado el vendedor de bolígrafos. Iban por Paraguay hacia el bajo. Sacó el folleto de la cartera y miró la dirección. Estaba cerca. Se puso de pie y enfrentó la puerta de atrás del ómnibus. Sobre el vidrio, a escasos centímetros de su cara, una calcomanía arengaba en letras negras sobre un fondo de bandera argentina: *Telefónicos: ¡a vencer!* El borde impredecible de la realidad, una blanda cachetadita, ¡paf! Bajó. El viento frío le produjo una sacudida. Desde la vereda vio el cartel en el edificio de enfrente: *Viva como en Bretaña*. Antes de entrar se miró en el lujoso espejo del hall. No llevaba la ropa que correspondía a la esposa de un poderoso industrial. Quinto piso decía el folleto. Miró a la muchacha de largas pestañas.

—Estoy interesada en una casa... una casa grande como ésta —le mostró el folleto.

—Minuto —dijo la recepcionista y apretó un timbre. Se escuchaba un susurro de música ambiental. Por la puerta encristalada apareció un hombre bajo y algo grueso que le sonrió con timidez.

—El promotor —dijo la muchacha de las pestañas. Un dolor sordo, lento como una mancha de aceite, se extendía en el estómago de la mujer. Siguió al hombre por un pasillo angosto. El hombre, ahora, como si hablara desde adentro de un cajón, esto le pareció a la mujer, le indicaba fotos de casas en medio de bosques dorados. De repente, se levantó y casi en puntas de pie cerró la puerta. La oficina se empequeñeció.

—¡Shh! —se llevó el índice a los labios. Le dirigió una sonrisa cómplice—. Nos vamos. Esto es pura apariencia, no existe más —miró para el costado—. No sé cómo la dejaron pasar. Hago como que la atiendo pero en realidad no estoy aquí; en realidad, usted nunca me vio. ¿Se da cuenta? —sonrió como disculpándose—. Nos volvemos, la empresa se vuelve.

—¿Usted...? —dijo la mujer.

—No, yo soy de Ensenada —dijo el hombre bajando la voz— pero, con suerte, me voy con ellos. Esto no da para más.

—¿Cómo vivían? —dijo de golpe la mujer.

—¿Perdón? —dijo el hombre. Había sacado un pañuelo immaculado y con delicadeza se lo apoyaba sobre las sienes y sobre el labio superior.

—Los de Bretaña, los que tenían druidas en bosques como éstos —la mujer levantó con esfuerzo el brazo, vio su propia mano en el extremo señalando una de las fotos. La mano se movía con independencia de su voluntad—. Los que hacían un elixir... —Le costaba hablar. En el fondo de una oficina que se deformaba como un túnel, el hombre le seguía sonriendo con un gesto petrificado. Ahora, el dolor en el estómago era vértigo: un silencioso y rápido irse hacia atrás. Veía al hombre muy lejos, como por el revés de un largavista. La luz se volvía tensa. El hombre y los objetos se recortaban en esa luz como a punto de estallar. La mujer se puso de pie. El promotor abrió la boca y también empezó a pararse pero ella ya estaba en la puerta. Bajó casi corriendo los cinco pisos. En la calle tiró el folleto al borde del cordón y empezó a caminar. Caminaba

sobre una red de circo, floja, muy blanda. Miró el vacío de la calle. Vio su propia espalda unos metros más adelante; como si ondulara, con una ligera distorsión, su saco rojo y su pollera oscura. Se siguió a sí misma con cierta fatalidad. Siguió a la mujer que, unos metros más adelante, repetía todos sus gestos y que ahora llegaba a la esquina y leía El Cisne - Bar y confitería. Se disponía a cruzar la calle. La mujer se apuró. En un reloj iban a ser las siete de la tarde. Ya es de noche, pensó la mujer, sabiendo que era lo mismo que pensaba la otra que ahora cruzaba la calle y se aproximaba a la puerta del bar. Ya es de noche, volvía a pensar, en esta época del año el crepúsculo empieza a las cinco. Su mano y la de su fantasma se unieron al empujar la puerta. Ya no veía su espalda. Veía un hermoso bar. Un bar lento con mesas de madera y manteles, con un dueño brumoso leyendo las noticias de la tarde detrás de la máquina registradora. Se sentó en una mesa apartada. Esperó un momento y sacó el frasco de la cartera. Tenía que resolver algunas cosas. Tragarse cincuenta y ocho pastillas requería una cantidad de líquido considerable. Eran amarillas y ásperas. ¿Qué iba a pedir?

—Una jarra de agua —el mozo la miraba—. Y un café.

Ir tomándose las cincuenta y ocho pastillas con los correspondientes medios vasos. En el fondo del estómago, el dolor y el vértigo habían desaparecido. Burbujeaba otra cosa, un cosquilleo, una carcajada contenida. La jarra se había materializado sobre la mesa. Una convulsión general se apoderó de la mujer y le sacudió los hombros. Hizo como que buscaba algo en la cartera tratando de disimular. Como náuseas incontenibles, las carcajadas le subían por la garganta. *Telefónicos: ¡a vencer!* La mujer sintió que se ahogaba. La jarra, enorme, grandilocuente, se agigantaba, mandaba en la mesa. Abrazada a la jarra, trataba de echar una insignificante cantidad de agua en el vaso. Se empequeñecía vertiginosamente mientras el bar se agrandaba. Las mesas, el dueño, el techo altísimo hasta perderse arriba. Había quedado reducida al tamaño del frasco de las pastillas. Una pastilla tenía, ahora, a su lado, el tamaño de una rueda. Es la sensación de extrañeza, pensó la mujer. Pero su pensamiento sonaba como vocecita de hormiga. Todo se ensanchaba y perdía contorno, como detrás de una lupa. Reducida así es más fácil matarse, pensaba la mujer a través de la vocecita de hormiga, pero más sangriento.

—¿Me compra una curita?

Así que finalmente era eso. Iba recuperando el bar.

—Dele, señora, ¿me compra una curita?

La sana obsecuencia al hábito de vivir, razonó la mujer. O lo que era igual, una gelatina en el fondo de la garganta, un asco profundo que subía y se derramaba sobre la mesa. La mujer se decía en sordina que era cobarde pero las palabras estaban llenas de aire, no llegaban al fondo, se perdían, volaban. Sólo existía un hueco palpable en el silencio, un pozo sin bordes, un vacío. Hoy no era el día. Sintió el lastre de las horas, le parecían infinitas, desde que había tomado el frasco de la mesa de luz. Sin embargo, había algo, algo latiendo débil. Elegir o inventar. Elegir para atrás, como si nunca hubiera levantado el frasco, como si nunca hubiera llegado a este bar. O más atrás, elegir o inventar una escena (se acercaba al perro le acariciaba el lomo y el hocico le soltaba dulcemente la soga con el nudo tan ajustado. No, no era así, piensa la mujer con fero-

cidad. El hombre pálido apunta entre las orejas y repentinamente obedeciendo a una fuerza superior se lleva el caño del revólver a la sien o a la boca y dispara. No era así. Soltaba la soga, era lo importante el momento en el que había que detenerse, el nudo está apretado y se hunde en el pelo áspero del animal que se queja pero se queda quieto sabiendo finalmente se suelta la lengua por las manos la gratitud de animal apaleado y decir perro, piensa la mujer, recuperar la dignidad de la palabra perro). La mujer imaginó que la chica se acercaba al perro y, dulcemente, le desanudaba la soga; el animal no temblaba más, volvía a confiar y la miraba a la cara con los ojos agradecidos y resignados de los perros. Una piedad sin fondo se extiende como una llama desde la chica a la mujer. Lo acaricia y lo deja ir, suelto, libre para siempre. De golpe, por la ventana, la mujer cree distinguir el fragmento de un saco rojo, una espalda que se pierde al doblar la esquina. Rápidamente se pone de pie. Guarda el frasco en la cartera al mismo tiempo que deja sobre la mesa el dinero para el café. Sale del bar. Al doblar la esquina le parece distinguir adelante, lejos, una mancha roja. Su único testigo. La mujer intenta una sonrisa para la otra a quien, desde muy lejos, sigue con cierta fatalidad. Había muchas escenas para recomponer y armar. Y si no hay, piensa la mujer, siempre queda el frasco en el fondo de la cartera.

Sylvia Iparraguirre